

para el ascenso social y las reivindicaciones económicas. De allí que los sindicatos de clase media (profesores, empleados públicos) tuvieran un papel significativo en el conjunto de la actividad sindical chilena. Estos sectores medios provenían de las distintas actividades artesanales, la expansión del comercio y los servicios, y de las distintas funciones estatales. La disminución de las tasas en analfabetismo y el aumento de la escolaridad básica y media permitió que el sistema educacional fuera un importante medio en la movilidad social de esos sectores. Pero esas características van a cambiar esencialmente a partir del proceso de modernización, especialmente dentro de los años cincuenta. Provenientes de una burguesía empobrecida, ex artesanos o semiproletarios, los sectores medios modernos ven en su profesionalización un nuevo «status» distinto a las capas medias precedentes, cuya característica había sido una pura condición de sobrevivencia o de consolidación de su reciente ascenso social. La demanda educacional de estos nuevos sectores es la Universalidad, pero aspirando no sólo al ejercicio libre de las profesiones tradicionales (abogado o médico), sino también buscan la gestión de alto nivel en la empresa moderna y el Estado. Es el saber altamente calificado el que proporciona un real «status»: un mejor nivel de ingresos y de poder. Sobre este nuevo papel de las capas medias es como parece explicarse, hacia finales de los cincuenta, el desplazamiento del Partido Radical por la Democracia Cristiana como representación política de esos sectores y la función más dinámica dentro de la vida política chilena. Es el partido demócrata-cristiano el que inicia un proyecto ideológico que se ajustará a la nueva modernización, alcanzando una sólida implantación en grupos estudiantiles y en los colegios profesionales, al mismo tiempo que se hace vocero de grupos sociales que nacen a la vida política con el aumento electoral que resulta de la reforma electoral en los años 1949, 1957 y 1961. La modernización, la crisis de representación y los vacíos en la política de izquierda hacen que el PDC conquiste lo más dinámico de la juventud, las mujeres y los sectores hasta entonces excluidos de la vida nacional: el campesinado y el subproletariado rural ²⁷.

Un grupo bastante considerable de capas medias va a integrarse y ser aglutinado en lo que el propio partido demócrata-cristiano llamaría un proyecto «socialista comunitario». Pero aquel proyecto no intentaba eliminar alianzas con la burguesía chilena a los consorcios multinacionales, sino «modernizar» ciertas estructuras locales para que se ajustaran a los requerimientos de la nueva fase transnacional ²⁸.

Así parecían entenderse los proyectos como la Reforma Educacional, la Reforma Agraria, la «chilenización» de ciertas riquezas básicas y la Reforma Universitaria. Sin embargo, este proyecto, hecho práctica con la ascensión al gobierno (1964-1970), no podía a medida que terminaba la década, deshacerse de la política global de nueva guerra fría de los Estados Unidos (el ejemplo más solapado fue la Alianza para el Progreso, 1961), cuya principal tarea era contener cualquier otro movimiento que pudiera seguir los caminos de la Revolución Cubana. Sólo así podía explicarse la sostenida campaña para coartar el peso político del movimiento obrero chileno. Los

²⁷ Esta síntesis de los sectores medios corresponde a los planteamientos que hace SERGIO SPOERER a un cuestionario y debate sobre «La Universidad Chilena», *Araucaria de Chile*, núm. 3, 1978, págs. 159-165.

²⁸ JORGE AHUMADA: *En vez de la miseria*, Editorial del Pacífico, Santiago de Chile, 1973. En este texto se puede encontrar el planteamiento teórico del proyecto demócrata-cristiano antes de 1964.

ejemplos clarísimos fueron el intento de desmovilizar la mayor organización de trabajadores chilena (Central Unica de Trabajadores), a través de organizaciones sindicales paralelas (las organizaciones en las áreas marginales urbanas como la llamada Promoción Popular o en áreas campesinas según su nuevo proyecto de reforma agraria). A ello debe agregarse una sostenida campaña anticomunista que ya se había iniciado con el gobierno de Jorge Alessandri (1958-1964). Toda esta situación hizo reflexionar a los sectores rebeldes del partido del gobierno, proponiendo una vía no capitalista de desarrollo y criticando las conexiones cada vez más profundas con el capital monopólico extranjero, pilar mayor del estado de desnacionalización y marginalidad nacional en que se encontraba el país. Sin embargo, estos grupos, que poco fueron oídos, provocaron un quiebre bastante significativo dentro del partido demócrata-cristiano, originando el Movimiento de Acción Popular (MAPU) en 1969 y la Izquierda Cristiana en 1971. Al partido gobernante este quiebre le significó, principalmente, la pérdida de fuertes contingentes estudiantiles, capas medias, intelectuales y sectores cristianos jóvenes. Por otro lado, los beneficios de ese «modernismo» se canalizaban desequilibradamente entre los sectores sociales. La participación y las posibilidades restringidas acercaron sólo a limitadas capas medias —comparables a la de los países más avanzados— al acceso privilegiado que ofrecía el proyecto demócrata-cristiano, aliado al capital foráneo y ligado a las actividades secundarias más dinámicas. La burguesía nacional y esos grupos medios se ubicaron en espacios o centros privados donde bullía el consumo, la vida más «contemporánea», los mercados con productos más o menos sofisticados, los mejores colegios, los «barrios altos», distinguiéndose éstos notoriamente de los llamados «marginales» o «callampas». Todo esto reforzado por una cultura cada vez más extranjerizante que, dado el desarrollo de los medios masivos (las revistas ilustradas, la naciente televisión, la industria discográfica, etc.), en manos monopólicas, se irradiaba al resto de la población, anulando las auténticas expresiones nacionales que hacían esfuerzos sobrehumanos para obtener un lugar en esos medios (la indiferencia con Violeta Parra y con la naciente Nueva Canción Chilena eran los ejemplos más ilustrativos) ²⁹.

Un segundo grupo de capas medias lo constituyeron fuertes contingentes que comenzaron a adscribirse a los distintos partidos que irían a formar la Unidad Popular

²⁹ Los beneficios de este «modernismo», que puede caracterizarse casi para la mayoría de los países latinoamericanos de la década, sin embargo, fueron más accesibles sólo a ciertas capas más integradas. Dentro de la misma ciudad o en otras regiones del país, en cambio, habían otras viviendo aún en condiciones bastante tradicionales, cuyo «modernismo» no les tocó. ANTONIO SKÁRMETA, en «Testimonio», *Hispanamérica*, 28, 1981, págs. 49-64, habla de una cierta vitalidad de los nuevos escritores chilenos insertos dentro de los años sesenta. Habla que su generación vivió la música pop, las motonetas, la desfachatez, el cine francés, etcétera, es decir, que ese nuevo deseo más libre de vivir parece haber sido afectado por la irrupción de la transculturización producida en las grandes ciudades latinoamericanas. Idea que volvemos a encontrar en ANGEL RAMA: «Los contestatarios al poder», en *Novísimos narradores hispanoamericanos en marcha*, Marcha Editores, México, 1981, págs. 23-24. Nos parece que lo que Skármeta señala para Chile y Rama para toda Latinoamérica es el ambiente sólo de ciertos sectores sociales, incluidas algunas capas intelectuales, más integrados a ese tipo de beneficios. Sin embargo hubo clarísimos sectores para los que esos beneficios eran inalcanzables (capas medias marginadas en que se incluían no pocos profesionales, artistas e intelectuales, sectores obreros y campesinos).